

---

# CLASES, INTERESES Y ACTORES SOCIALES: UN DEBATE POSMARXISTA

Miguel A. Caínzos López  
Universidad de Santiago de Compostela

---

**RESUMEN.** Este texto se propone problematizar la relación entre clases y actores sociales —tradicionalmente incuestionada en el marxismo— y apuntar el sentido de una reconceptualización de la misma que contribuya a la determinación del alcance y límites del análisis de clase. Primero se presenta la que ha sido la principal concepción marxista de la relación clases/sujetos, a saber: su identificación apriorística. Seguidamente se consideran las principales críticas de esa identificación —y, en general, de la plausibilidad del análisis de clase— formuladas dentro de la literatura «posmarxista». Por último se sugiere un posible esquema inicial para repensar adecuadamente la relación clases/sujetos/acción colectiva.

## 1. *El marxismo clásico y la ecuación «clases-sujetos»*

Toda la tradición marxista, desde sus propios fundadores, se ha caracterizado por subrayar reiteradamente el lugar central que han de ocupar las clases sociales y la lucha de clases en la explicación de los procesos sociales e históricos. Sin embargo, como se ha señalado frecuentemente, ni en Marx ni en el marxismo clásico hay una teorización sistemática de las clases que proporcione una definición precisa de su concepto, un criterio unívoco de delimitación de las fronteras entre las distintas clases o una tematización rigurosa de la relación entre la definición estructural de las clases, los sujetos de clase y los sujetos no-clasistas. En particular, en Marx es posible encontrar una diversidad de usos del término «clase» que va desde

la designación de posiciones en la estructura de las relaciones de propiedad —definidas, pues, en términos estrictamente económicos— hasta la identificación de actores o sujetos colectivos organizados, dotados de conciencia de su propia identidad e inmediatamente presentes en la escena política. Esta oscilación terminológica y conceptual en cuanto a la propia identidad de las clases se ve doblada por una patente ambigüedad en lo que respecta al papel que se les atribuye en la explicación del conflicto social y del decurso histórico, debido a la existencia en el seno de la teoría marxista de la sociedad y la historia de una dualidad o tensión permanente entre dos principios explicativos últimos: el de la correspondencia/no-correspondencia entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, por una parte, y el de la primacía de la lucha de clases, por otra<sup>1</sup>. Este conjunto de imprecisiones y ambigüedades —que fue parte de la herencia marxiana y ha sido una constante de la tradición teórica marxista hasta nuestro tiempo— ha tenido una serie de implicaciones de enorme alcance teórico, entre ellas una de gran relevancia para nuestros intereses: la confusión entre posiciones o lugares ocupados por los individuos dentro de una estructura relacional, por un lado, y sujetos realmente actuantes, por otro. Esta confusión se ha sustanciado en la conceptualización de las clases como sujetos o agentes políticos, aunque definidos a partir de su posición en la estructura económica, y en la atribución a las mismas de todos los caracteres que —según una concepción etiquetable como «racionalista»— son propios de un sujeto: individualidad, autoidentidad, coherencia, etc. A partir de esta identificación «clases-sujetos» se ha articulado una visión de la política como el ámbito en el cual tiene lugar una representación del enfrentamiento de las clases antagónicas como agentes políticos fundamentales, en cuanto definidos por su relación al conflicto o contradicción principal (según viene establecido por el principio de determinación económica, aun cuando ésta se considere «en última instancia»). En suma, en esta óptica, las clases son grupos o sujetos colectivos definidos económicamente que tienen una presencia inmediata, necesaria y distinta en la esfera política (e ideológica) y, por consiguiente, el problema de la formación de los actores desaparece del horizonte de la teoría

<sup>1</sup> Muestras recientes de esta tensión son, por una parte, las discusiones en torno a las influyentes interpretaciones del marxismo como determinismo tecnológico defendidas por W. H. SHAW (*Marx' Theory of History*, Hutchinson, Londres, 1978), A. WOOD (*Karl Marx*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1981) y, sobre todo, G. A. COHEN (*La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*, Siglo XXI-Pablo Iglesias, Madrid, 1986), que han suscitado vigorosas críticas de los defensores de una interpretación del marxismo como teoría de la lucha de clases (véanse, por ejemplo, los breves pero contundentes comentarios que se le dedican al asunto en R. BRENNER, «The social basis of economic development», en J. ROEMER [ed.], *Analytical Marxism*, Cambridge University Press, 1986, pp. 46-48, así como los diversos artículos en que se desarrolla la inacabable discusión entre Cohen y Jon Elster) y, por otra parte, el intenso debate provocado por la sugerente explicación de la transición del feudalismo al capitalismo en términos de procesos de lucha de clases que ha propuesto el propio R. Brenner (véanse, al respecto, los textos recogidos en el volumen *El debate Brenner*, Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1988).

social o, a lo sumo, surge únicamente de manera indirecta, como consecuencia de la constatación de comportamientos aberrantes o de una inquietante pasividad por parte de aquellas clases-sujeto, que no se ajustan a los patrones previstos. Consiguientemente, el problema de la formación de actores se convierte en el de salvar la condición de sujeto de las clases y explicar sus comportamientos «desviantes», lo cual generalmente conduce a una problemática de la «toma de conciencia» por las clases de su propia identidad preexistente y, por tanto, de la «falta de conciencia» o «falsa conciencia» como elemento que da cuenta de las «desviaciones». En cualquier caso, se da por supuesto que hay una coincidencia —ya sea actual o tendencial— entre el «mapa» estructural de las clases económicas y el «mapa» superestructural de los sujetos o actores políticos; o, en caso de desajustes entre uno y otro, se sostiene que el segundo se puede explicar en términos del primero.

Esta concepción —presentada aquí de modo muy simple, e incluso caricaturesco<sup>2</sup>— ha estado presente en la teoría marxista (y no sólo en ella; se puede detectar, bajo diversas formas, en otros líneas de pensamiento sociológico, por ejemplo, en las concepciones weberiana y neo-weberianas de la relación entre clases y política<sup>3</sup>) durante décadas y late todavía en muchos planteamientos actuales. No obstante, desde finales de los años sesenta (coincidiendo, de manera un tanto paradójica, con el momento de la consolidación y aceptación académica del análisis de clase frente a otras problemáticas de la estructura social, p. ej., la estratificación<sup>4</sup>), en la conceptualización marxista de las clases sociales y en los primeros intentos rigurosos de construir una teoría marxista de la política —y particularmente del Estado— en las formaciones sociales capitalistas avanzadas, se han hecho repetidas tentativas de abordar de manera sistemática y rigurosa la cuestión

<sup>2</sup> Esta exposición no hace en absoluto justicia al tratamiento de la problemática de las clases en el conjunto del *corpus* marxiano. Sin embargo, es justificable por varias razones. Primero, porque corresponde de manera bastante ajustada a la concepción marxiana de las clases sociales y la lucha de clases plasmada en *La ideología alemana*, *Miseria de la filosofía* y el *Manifiesto Comunista*. Segundo, porque este enfoque del «marxismo del Manifiesto» (Rattansi) ha sido, con mucho, el más influyente en el tratamiento ulterior, en la tradición marxista, del papel de las clases en la historia y de la política como lucha de clases. Tercero, porque esa misma formulación ha sido el escenario privilegiado de la relación —tanto de conflicto como de influjo— entre marxismo y sociología académica. En cualquier caso, hay en los escritos del Marx maduro importantes elementos que, a pesar de su carácter disperso y su falta de articulación en un esquema conceptual unitario, apuntan a una conceptualización más rica, flexible y compleja de la problemática de las clases (véase, a este respecto, por todos, A. RATTANSI, «End of an orthodoxy: The critique of sociology's view of Marx on class», *Sociological Review*, 33, 4, 1985, pp. 641-669).

<sup>3</sup> Véanse, a este respecto, las observaciones de B. HINDESS (*Politics and Class Analysis*, Blackwell, Oxford, 1987, pp. 36 y ss., 90 y ss.) y G. MARSHALL («Some Remarks on the Study of Working-Class Consciousness», *Politics and Society*, 12, 3, 1983, pp. 263-301).

<sup>4</sup> Sobre la coincidencia de auge y cuestionamiento del análisis de clase marxista, véase G. THERBORN, «The rise of social scientific Marxism and the problems of class analysis», en S. N. EISENSTADT y H. J. HELLE (eds.), *Macro-sociological theory* (Perspectives on Sociological Theory, vol. 1), Sage, Londres, 1985, pp. 135-167, especialmente 141 y ss.

de la relación entre clases y política (y, por tanto, entre clases y sujetos) en forma no-reduccionista. Los trabajos de autores como Miliband, Poulantzas o el primer Laclau son prueba de ello. Paralelamente, una importante corriente historiográfica marxista, principalmente anglosajona, centró su preocupación en el estudio del proceso de formación de la identidad de la clase obrera, sus organizaciones sindicales y políticas y su cultura específica, contribuyendo así a un mejor conocimiento de los mecanismos de formación de actores y formas de acción colectiva; baste recordar a este respecto los nombres de Thompson o Hobsbawm. A pesar de la riqueza de las aportaciones de estos autores, lo cierto es que el pujante análisis de clase (neo) marxista de los años sesenta-setenta no logró proporcionar una respuesta convincente a los complejos problemas a que venimos aludiendo, debido por una parte a que, aunque críticamente, se ubicaban en aquella misma problemática teórica que pretendían superar, y, por otra parte, a la desconexión existente entre los trabajos de carácter teórico y las investigaciones históricas y sociológico-empíricas de procesos singulares de formación y acción de clase (o, para plantearlo en términos más exactos, de procesos singulares de acción colectiva vinculada a la estructuración de las clases). En cierto sentido se podría afirmar que la principal contribución de estos autores fue desbrozar el camino para ulteriores investigaciones, eliminando algunos de los supuestos que hasta entonces habían viciado el planteamiento de los problemas en cuestión, y llevando otros hasta su radicalidad extrema, lo cual pondría en evidencia la necesidad de proceder a su superación. Y, efectivamente, durante los años ochenta se ha asistido al surgimiento de nuevas líneas de teorización de las temáticas de las clases, la acción colectiva, la formación de sujetos, etc., que rompen con el neo-marxismo de los años sesenta-setenta, pero partiendo en gran medida de él, ya sea afirmativa o negativamente (aunque, por supuesto, alimentándose también de fuentes hasta entonces ajenas al marxismo, tales como la teoría de la elección racional o las teorías postestructuralistas del discurso).

Ahora bien, las nuevas tentativas de pensar la relación entre clases, acción colectiva y formación de sujetos han de afrontar el desafío que suponen una serie de objeciones, de diverso alcance, que han sido planteadas al análisis de clase. A algunas de ellas, originadas en formulaciones que podríamos llamar «posmarxistas», dedicaré mi atención en lo que sigue.

## 2. *Tres líneas de crítica a la ecuación «clases-sujetos» en el (pos)marxismo actual*

Consideraré tres líneas de cuestionamiento de la validez del análisis de clase que a menudo se formulan de modo indiferenciado, como parte de un único dispositivo argumentativo, pero que es conveniente distinguir analítica-

mente, no sólo por su diversidad de contenido, sino también por su muy diferente grado de radicalidad.

Una primera línea de argumentación se centra en la *obsolescencia* del análisis de clase. Según esta tesis el análisis de clase tuvo validez en el pasado, particularmente en el capitalismo «clásico» (o «sociedad industrial» o «capitalismo de producción», según la terminología propia de cada autor), en el cual la economía, el trabajo y la división de clases tenían una gran capacidad de determinación de las identidades y conflictos sociales, de tal modo que se podía comprender la dinámica social, incluyendo la esfera política, en términos de la lucha en torno a la contradicción básica capital/trabajo. Este planteamiento acepta, pues, en relación con el pasado inmediato, el supuesto de una coincidencia entre clases y sujetos y, consiguientemente, reconoce la centralidad de los movimientos de clase en la confrontación política (dicho de otro modo, la ecuación «política-lucha de clases»).

En esta óptica, lo que se cuestiona es la vigencia actual de tales postulados analíticos. Entienden los autores sustentadores de esta tesis que las sociedades occidentales (a las cuales se refiere esencialment el debate) han experimentado una serie de profundas transformaciones (algunas de ellas producto de la propia lucha de clases anterior) que han minado los cimientos sobre los que se asentaba la precedente plausibilidad del análisis de clase. Por una parte —se argumenta—, se ha asistido a una creciente disminución de la importancia de la economía y el trabajo en el conjunto de las relaciones sociales, tanto en términos objetivos (pérdida del viejo carácter necesario del trabajo, debido a la extensión de las prestaciones del Estado asistencial, al desempleo estructural, etc., reducción del tiempo de trabajo aun de los individuos activos, transformaciones en las formas de organización de la producción) como en términos subjetivos (disminución de la eficacia del trabajo en la configuración de la identidad personal y de la forma de vida de los individuos debido a la emergencia de nuevas necesidades y hábitos y de espacios vitales y de relación humana ajenos a la esfera productiva). Por otra parte, las sociedades «avanzadas» han experimentado una extraordinaria diferenciación interna y complejificación sistémica, que ha dado lugar a una tendencia al crecimiento de la segmentación de la experiencia vital de los individuos y, consiguientemente, a la proliferación de órdenes sociales locales, culturas particulares y una multiplicidad de sujetos, relaciones de poder y focos de conflicto que de ningún modo pueden ser remitidos a una sociedad/totalidad que los comprenda en una interrelación sistemática y fija. Este proceso de diferenciación y fragmentación creciente se ha manifestado también en el ámbito estrictamente económico, como prueba la ascendente heterogeneidad empírica de los fenómenos que se comprenden *usualmente bajo la categoría de «trabajo»* (multiplicación de los mercados de trabajo independientes, extensión de diversas formas de producción que no tienen su base en el trabajo asalariado, fracturas internas dentro del grupo

de los trabajadores asalariados y ascenso de la importancia de las «posiciones contradictorias» —Wright—, coexistencia de formas de racionalidad organizativa contradictorias pero igualmente necesarias en la producción de mercancías y en la producción de servicios —Offe—...<sup>5</sup>. A todo ello se ha de añadir el creciente intervencionismo estatal y la mercantilización de un número cada vez mayor de esferas vitales, lo cual da lugar al reforzamiento de la importancia de las posiciones de sujeto y conflictos directamente vinculados al consumo y a la relación con las agencias estatales. Producto de todos estos factores es la eclosión de una multiplicidad irreductible de puntos de conflicto social, sujetos, movimientos sociales y formas de acción colectiva, que no pueden ser explicados en modo alguno desde la perspectiva del análisis de clase y que han de permanecer en su radical heterogeneidad o, si fuesen articulados en un sujeto colectivo, éste no sería un sujeto clasista, sino de naturaleza radicalmente diferente (ya se trate de la «no-clase de los no-trabajadores» de Gorz o del movimiento ecologista como movimiento unificante en la sociedad postindustrial de que habla Touraine)<sup>6</sup>, pues de lo que se trata es de un cambio de «paradigma social y político»: la transición del paradigma de la distribución al paradigma de las formas de vida o, si se prefiere, el paso de las luchas económicas a las luchas en torno a las estructuras comunicativas<sup>7</sup>.

La segunda línea de cuestionamiento de la plausibilidad del análisis de clase se funda en lo que podríamos llamar la tesis de su *parcialidad* o incompletud. Según ella, el análisis de clase no es válido en la medida en que limita su atención a una sola forma de segmentación social, un solo tipo de antagonismos y, por tanto, a un solo tipo de sujetos colectivos, mientras que en toda formación social hay una cierta diversidad de formas de segmentación y actores que se sitúan en un plano diferente al de la estructura de clase. Esta tesis (que ha sido durante mucho tiempo común en algunos planteamientos funcionalistas —en la muy laxa acepción en que ha

<sup>5</sup> En este punto, nuestra exposición sigue estrechamente a C. OFFE, «Work, the key sociological category?», en C. OFFE, *Disorganized Capitalism*, editado por John Keane, Polity Press, Cambridge, 1985, especialmente pp. 135 y ss., y «Entrevista a Claus Offe», *Leviatán*, 29-30, 1988, pp. 127-144, en particular pp. 139-140. Evidentemente, las afirmaciones de Offe sobre las transformaciones sociales propias del capitalismo tardío y sus implicaciones sobre la relevancia de la categoría de trabajo cuestionan algunos de los supuestos tradicionales del análisis de clase, pero no niegan la eventual fecundidad de una adecuada redefinición de los objetivos y límites de éste (véase en relación con este punto, C. OFFE, «Bemerkungen zur spieltheoretischen Neufassung des Klassenbegriffs bei Wright und Elster», *Prokla*, 58, 1985, pp. 83-88). Sobre la tesis de la pérdida de centralidad de la esfera laboral-productiva, la creciente importancia del ámbito privado en la configuración de las formas de identidad social y la incidencia de estos hechos (junto con la fragmentación y segmentación del trabajo asalariado) sobre las formas de identidad-de-clase, cfr. G. MARSHALL *et al.*, «Class, Citizenship, and distributional conflict in modern Britain», *British Journal of Sociology*, vol. XXXVI, 2, 1985, pp. 259-284, especialmente 270-275, y *Social Class in Modern Britain*, Hutchinson, Londres, 1988.

<sup>6</sup> R. EYERMAN, «Social movements and social theory», *Sociology*, 18, 1, 1984, pp. 71-82.

<sup>7</sup> C. OFFE, «Work: the key sociological category?», p. 149.

utilizado el término Laurin-Frenette<sup>8</sup>— de la problemática de la estratificación social y ha sido retomada recientemente, en un sentido diferente, por diversos autores marxistas; por ejemplo, y de manera muy explícita, Elster<sup>9</sup>) implica la negación de la supuesta correspondencia necesaria entre el «mapa» de las clases y el de los sujetos o actores colectivos y la consideración de la coincidencia/no-coincidencia de ambos como algo variable y contingente, que se ha de especificar en cada caso mediante un análisis pormenorizado de las circunstancias singulares. En otras palabras: en un momento histórico determinado las clases pueden devenir sujetos o no hacerlo, y los sujetos pueden ser sujetos de clase o no serlo, pero nada permite afirmar apriorísticamente una cosa u otra, si bien —según Elster— sí se puede establecer la centralidad de las clases en el conjunto de las sociedades históricas (aunque no en cada una de ellas: por ejemplo, Elster sostiene, basándose en la obra historiográfica de Finley frente a autores marxistas como Ste Croix, que las clases no poseen tal centralidad en ciertos conflictos en la sociedad antigua)<sup>10</sup>. En suma, se puede entender que esta línea de argumentación radicaliza la que hemos considerado previamente en la medida en que cuestiona la centralidad de las clases y la ecuación «clases-sujetos» no sólo en lo que respecta al capitalismo actual, sino también respecto a cualquier otra sociedad histórica, afirmando la necesidad de un análisis singular previo a la dictaminación de la relación clases/sujetos y la importancia del conflicto de clase en cada caso concreto. Sin embargo, en otro sentido, se trata de una tesis menos radical, por cuanto no diagnostica un ocaso de la relevancia de las clases y la lucha de clases en las sociedades «avanzadas», sino que considera esto mismo como una cuestión abierta; de hecho, Elster ha dedicado parte de su trabajo a proporcionar elementos para un análisis de la acción colectiva en las sociedades contemporáneas desde el punto de vista de la formación de actores colectivos de clase.

Una tercera línea de crítica asume una virulencia extrema, y en lugar de relativizar la ecuación «clases-sujetos» apelando a transformaciones sociales que la habrían convertido en obsoleta o a un «exceso» de conflictividad y acción social que estaría presente en cualquier sociedad, desbordando el marco de las clases-sujeto y de la acción colectiva de clase, radicaliza estas posiciones hasta llegar a la negación frontal de la posibilidad misma de que aquella ecuación sea válida en alguna sociedad, de tal modo que lo que era atribuido en exclusiva a las sociedades «avanzadas» por la primera línea de argumentación antes esbozada, pasa aquí a ser entendido como una manifestación especialmente nítida de un principio de validez general: la

<sup>8</sup> N. LAURIN-FRENETTE, *Las teorías funcionalistas de las clases sociales. Sociología e ideología burguesa*, Siglo XXI, Madrid, 1976, pp. 5 y ss.

<sup>9</sup> J. ELSTER, *Making Sense of Marx*, Cambridge University Press, 1985, pp. 331 y ss., 390 y ss., y «Three challenges to class», en J. ROEMER (ed.), *Analytical Marxism*, op. cit., sobre todo pp. 148 y ss.

<sup>10</sup> J. ELSTER, «Three challenges to class», pp. 150-153.

*imposibilidad de que las clases sean sujetos o actores.* Esta posición ha tomado dos formas explícitas en la literatura «posmarxista» reciente, en los escritos de Paul Hirst y Barry Hindess, por un lado, y en los de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, por otro <sup>11</sup>.

Hirts y Hindess <sup>12</sup> parten de tres principios. En primer lugar, de una definición de actor social según la cual el actor es un punto de decisión y acción, siendo ésta dependiente de algún modo de aquélla, lo cual implica que el actor ha de ser un individuo o un agregado que disponga de algún órgano o mecanismo de cálculo y deliberación y de unos medios especificables de acción. En segundo lugar, de una concepción de las relaciones sociales en las cuales se hallan insertos los sujetos que las considera como agregados de instituciones, formas organizativas, prácticas y actores que no están vinculados a una estructura totalizadora ni están regidos por un principio causal o lógico único, sino que se caracterizan por su independencia recíproca. En tercer lugar, de la afirmación de que la adopción de decisiones por parte de los actores —y, por tanto, su propia acción— involucra necesariamente la utilización de medios discursivos mediante los cuales aquéllos formulan sus objetivos y delinear sus cursos de acción, y que al mismo tiempo contribuyen decisivamente a configurarlos, de modo que no es posible establecer una conexión lógica necesaria entre la localización de los agentes en un conjunto de relaciones sociales y sus intereses, objetivos y estrategias de acción, sino que éstos son contingentes, sólo especificables para cada caso singular mediante el análisis de la particular red de relaciones en que están situados los actores y de los medios discursivos que hay a su disposición.

De estos principios se siguen importantes consecuencias, entre ellas la total imposibilidad de conceptualizar las clases como sujetos, por cuanto, a diferencia de grupos o agregados como los partidos políticos, los sindicatos, las corporaciones y las empresas, aquéllas no disponen de los medios de

<sup>11</sup> Por supuesto, Hirst/Hindess y Laclau/Mouffe no son más que casos particulares de un espectro teórico «posmarxista» muy amplio e internamente diferenciado. Véanse, para mayor abundamiento en la crítica «posmarxista» del análisis de clase (y, en general, de las limitaciones del marxismo como teoría social crítica y como enfoque político-estratégico), M. ALBERT y R. HANNEL, *Marxism and Socialist Theory*, South End Press, Boston, 1981; S. ARONOWITZ, *The Crisis in Historical Materialism*, Praeger, Nueva York, 1981; J. L. COHEN, *Class and Civil Society*, Martin Robertson, Oxford, 1983; S. BOWLES y H. GINTIS. «Sobre la reducción explotación/dominación de clase», *Zona Abierta*, 28, 1983, pp. 69-101, y *Democracy and Capitalism*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1986.

<sup>12</sup> La crítica de la concepción de las clases como sujetos ha sido (con sucesivas variaciones conducentes a su radicalización) un motivo recurrente en la mayoría de los escritos de Barry Hindess y Paul Hirst en los últimos diez años, pero se halla tematizada con una especial nitidez en A. CUTLER, B. HINDESS, P. HIRST y A. HUSSAIN, *Marx's «Capital» and Capitalism Today*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1977, vol. 1, Parte III; P. HIRST, «Economic Classes and Politics», en A. HUNT (ed.), *Class and Class Structure*, Lawrence & Wishart, Londres, 1977, pp. 125-154; B. HINDESS, «Actors and Social Relations», en M. L. WARDELL y S. P. TURNER (eds.), *Sociological Theory in Transition*, Allen & Unwin, Londres, 1985, pp. 113-126, y *Politics and Class Analysis*, op. cit.



deliberación, decisión y ejecución requeridos para que sea correcto atribuirles la condición de actor. Por consiguiente, la referencia a las clases como sujetos ha de ser entendida, en el mejor de los casos, como una metáfora, confusa y desafortunada, para aludir a las acciones de un conjunto de actores —bien individuales, bien colectivos— a los que se atribuye unos intereses determinados, homogéneos y claramente especificables. Ahora bien, esta forma de alusión indirecta es incompatible con los postulados fundamentales del análisis de Hirst y Hindess, por cuanto significaría la unificación ilegítima de lo que es irreductiblemente diverso (una pluralidad de prácticas y posiciones en las relaciones sociales) y la atribución a esa unidad de una existencia como sujeto al margen de toda determinación discursiva.

Aunque coinciden con Hirst y Hindess en ciertos aspectos de su crítica a la ecuación «clases-sujetos», en su vocación antirreduccionista y pluralista y en algunos puntos de su replanteamiento de la problemática de la acción colectiva (por ejemplo, en el redimensionamiento de la naturaleza discursiva de lo social y la afirmación de su radical apertura e indeterminación), Laclau y Mouffe<sup>13</sup> desarrollan su argumentación en una línea muy diferente e incluso se podría decir que absolutamente contraria. En efecto, mientras que Hirst y Hindess realizan su crítica a la ecuación tradicional «clases-sujetos», y a la idea de estructura social totalizadora en que se funda, mediante una desarticulación de las conexiones lógicas necesarias supuestamente existentes entre todos los elementos (o, más exactamente, momentos) de aquella estructura, y llegan por consiguiente a una concepción que es reverso de la que niegan (esto es: a un atomismo social radical en el cual se postula la plena separación de la diversidad de los objetos o fenómenos sociales, cada uno de ellos dotados de una identidad singular)<sup>14</sup>, Laclau y Mouffe, por el contrario, fundamentan su negación de la existencia de un núcleo o principio último determinante que sea fuente de sentido de lo social a través de la enfatización de la condición relacional de lo social, que aparece bajo la forma de la constante presencia de unos objetos en otros, es decir, de la sobre-determinación de toda identidad, que implica la imposibilidad de su fijación definitiva. Desde esta perspectiva, la sociedad aparece como una realidad discursiva —que integra elementos materiales lingüísticos y no-lingüísticos—

<sup>13</sup> La exposición subsiguiente se ciñe estrechamente a la argumentación de E. LACLAU y Ch. MOUFFE, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid, 1987, pero ha tenido en cuenta otros textos menores de los autores que contribuyen a perfilar mejor el sentido de algunas de sus tesis.

<sup>14</sup> Sigo en este punto la argumentación de LACLAU y MOUFFE en *Hegemonía y estrategia socialista*, pp. 114-118, que permite mostrar con la mayor claridad la línea demarcadora entre las tesis de aquéllos y las de Hirst/Hindess, aunque exagera la orientación atomista de éstas. Cfr. P. HIRST, *Marxism and Historical Writing*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1985, p. 139, donde Hirst distingue los conceptos de «totalidad social» y «estructura» y sostiene que sus posiciones implican una crítica radical del primero pero son compatibles con la conservación del segundo a condición de que ello no conlleve el supuesto de una causalidad privilegiada operante en el espacio social.

surcada por prácticas articulatorias que la estructuran, estableciendo entre sus elementos relaciones que modifican la identidad de éstos y dan lugar a la existencia de nódulos inestables de fijación parcial de sentido. En semejante concepción no hay lugar para la determinación de lugares o conflictos fundamentales o privilegiados, pues cualquier relación social puede ser sede de un antagonismo, ni para la identificación de sujetos estables cuya definición se siguiese unívocamente de su posición en una matriz de relaciones. Por el contrario, en la medida en que todo individuo participa en muy diferentes relaciones sociales y, por tanto, es objeto de una multiplicidad de determinaciones e interpelaciones (dicho de otro modo: ocupa una pluralidad de posiciones de sujeto), su identidad está sobredeterminada, es inestable, tan sólo fijada de manera provisional por cierta práctica articulatoria que logra suturar transitoriamente aquella diversidad de posiciones; ahora bien, nada garantiza *a priori* que una u otra posición de sujeto vaya a operar como elemento suturador, sino que ello es contingente, dependiente del resultado del enfrentamiento entre prácticas articulatorias contrapuestas. Los individuos no tienen intereses objetivos especificables apriorísticamente mediante el análisis de su posición social, sino que sus intereses son producidos discursivamente en el proceso de formación de su identidad.

Es evidente que de estos principios generales se sigue, como aplicación a un caso particular, que la posición de clase no tiene una significación privilegiada en la determinación de la identidad de los sujetos ni es origen de un conflicto fundamental. Esto mismo sería aplicable a la constitución de sujetos colectivos: su existencia será producto de la configuración, articulación discursiva y hegemonización, mediante el establecimiento de una cadena de equivalencias, de las demandas de los agentes que ocupan ciertas posiciones de sujeto. En este sentido, cabe la posibilidad de que una tal articulación de demandas tome como eje la determinación de clase, pero no hay necesidad de que así sea, y aun en caso de que ello ocurriera, la determinación de clase no definiría la identidad de los sujetos, sino que estaría sobredeterminada por una multiplicidad de determinaciones diferentes que transformarían su naturaleza. En cualquier caso, lo que resulta evidente desde la perspectiva de Laclau y Mouffe es la plena heterogeneidad que hay entre las clases, como posiciones en la matriz de las relaciones de producción, de las cuales es imposible deducir nada referente a lo político o lo ideológico, y los sujetos agentes que son resultado de un proceso de constitución político-ideológica. Aquí también, pues, la vieja ecuación «clases-sujetos» queda rota.

---

3. *Más allá de la ecuación «clases-sujetos»:  
clases, sujetos y acción colectiva desde una perspectiva no-reduccionista*

Las líneas de argumentación crítica orientadas a la desarticulación de la ecuación «clases-sujetos» que he presentado a muy grandes rasgos en la sección precedente plantean un número considerable de problemas teóricos de largo alcance, que, de no ser superados, podrían tener implicaciones demolidoras respecto a los supuestos nucleares —y, por tanto, la validez misma— de un análisis-de-clase de la política o la acción colectiva. Es preciso, pues, tomar en serio aquellos planteamientos críticos, proceder a una minuciosa evaluación de sus presupuestos, estrategia argumentativa y conclusiones, y extraer las consecuencias que de ella se sigan. De este modo será posible obtener una más nítida conciencia acerca del ámbito de validez y los límites del análisis de clase y proceder a una redefinición de sus elementos conceptuales que permita superar aquellas debilidades o, si ello se revela imposible, aceptar la necesidad de abandonar este enfoque analítico. Como quiera que, por razones obvias, no es posible aquí llevar a cabo esta revisión en profundidad, me limitaré a hacer una serie de observaciones sobre algunos de los conceptos más directamente afectados por las objeciones arriba consideradas, asumiendo algunos aspectos de éstas, pero al mismo tiempo intentando sugerir elementos para una reconstrucción del análisis de clase que permita a éste mantener un alto grado de pertinencia a condición de reconocer sus propios límites de validez.

Aunque las indicaciones subsiguientes se orientarán directamente hacia la cuestión medular de la relación clases/sujetos y el modo posible de conceptualizarla y, por tanto, tendrá más presentes los interrogantes suscitados por la última de las líneas de argumentación crítica arriba consideradas (es decir, aquella que no relativiza la ecuación «clases-sujetos» asignándole límites de validez, sino que la niega frontalmente), es conveniente hacer dos precisiones acerca del problema de la supuesta obsolescencia e incompletud del análisis de clase. En primer lugar, hay que subrayar la necesidad de reconocer la existencia de conflictos, sujetos y relaciones sociales que son diferentes e irreducibles a las de clase. En segundo lugar, se debe tener en cuenta que las discusiones acerca de la eficacia de la estructura de clase en la configuración de la acción colectiva en un caso particular —ya sea en las sociedades «avanzadas» o en cualesquiera otras sociedades históricas— y, por tanto, acerca de la posible validez de la tesis de la «centralidad» de la contradicción de clase en la estructura social, se deben regir por una adecuada integración de reflexión teórica y análisis empírico que permita dilucidar la potencia estructuradora de la acción que se debe atribuir a las relaciones de clase en cada momento y las formas posibles de vinculación, directa o indirecta, entre la división de clases y una pluralidad de fenómenos sociales de diverso género. Quiere ello decir que no es lícito zanjar el problema

---

apelando a dogmas o principios pseudoteóricos que garanticen la eternidad y omnipotencia determinante de la estructura de clase (o, por el contrario, su insignificancia absoluta) ni recurriendo a una acumulación irreflexiva de datos o hechos empíricos sin mediación teórica alguna. La primera salida es propia de ciertos «marxistas» que parecen más preocupados por salvar la eterna centralidad de las clases (particularmente, de la clase obrera) que por lograr una adecuada comprensión de la realidad social en presencia o una justa evaluación de las posibilidades abiertas a la práctica política efectiva (aunque tampoco es ajena a ciertos autores que niegan toda particular relevancia a las clases desde alguna atalaya privilegiada, por ejemplo la del post-estructuralismo). La segunda vía de escape al problema es más habitual en críticos del análisis de clase (y, particularmente, del marxismo), que acumulan supuestas pruebas empíricas de la irrelevancia de la división y el conflicto de clase sin considerar siquiera la posibilidad de que esos hechos que aducen sean conectables de forma mediata y compleja a la lucha de clases<sup>15</sup>; no obstante, no es en absoluto infrecuente que procedan de este mismo modo defensores del análisis de clase marxista que creen ver en cada conflicto laboral una evidencia irrefutable del sagrado destino emancipatorio de la clase obrera.

Lo que se trata de subrayar con estas observaciones es la necesidad de conjugar rigor teórico y analítico a la hora de plantear el problema del estatuto de las clases en la formación de la acción colectiva. Es en este contexto donde cobra sentido la exigencia de que el análisis de clase aporte pruebas de la vigencia de la eficacia de la posición de clase en la configuración de la identidad de los sujetos en las sociedades «avanzadas» —contrastando las argumentaciones y análisis que pretenden demostrar lo contrario— e indique mecanismos que vinculen la división en clases con la existencia de otros tipos de segmentos, actores y conflictos sociales, o, en

<sup>15</sup> Por otra parte, quienes formulan este tipo de objeciones al análisis de clase suelen compartir con los más integristas defensores de éste —y, por cierto, con la mayoría de los sustentadores de la tesis de la incorporación de la clase obrera en el capitalismo avanzado— una consideración de las relaciones de clase como realidades de «todo o nada», es decir, como dotadas de una eficacia determinante o absoluta o nula. Ello se concreta a menudo en la identificación entre «conciencia/acción de clase obrera» y «conciencia/acción revolucionaria», ignorando por completo la necesidad de contextualización de las relaciones de clase en un universo social altamente complejo y obviando la desnuda realidad de que hay muy buenas razones (algunas de ellas inteligibles mediante un análisis de los cursos de acción estratégico-racional entre los cuales han de optar los actores situados en determinadas posiciones de clase; véase A. PRZEWSKI, *Capitalism and Social Democracy*, Cambridge University Press, 1985, *passim*) para que aquella identificación sea falsa, de modo que en la realidad nos encontremos ante formas de acción en absoluto revolucionarias que, sin embargo, son manifestaciones genuinas de una acción de clase. Dicho brevemente: lo que hace que un cierto curso de acción o una forma de conciencia sea conceptualizable como acción o conciencia de clase no es su naturaleza (conservadora, revolucionaria, ambivalente, etc.), sino el hecho de que tenga su factor explicativo (principal) en la posición que los actores ocupan en la estructura de las relaciones de clase y en la matriz de intereses y experiencias que de ella se siguen.

caso de que ello se revele imposible, reconozca sus limitaciones. Ahora bien, tampoco estará de más recordar que, si bien no es lícito afirmar ahistóricamente, de manera dogmática, la centralidad o primacía de las relaciones sociales y contradicciones de clase en toda formación social, es en cambio perfectamente legítimo suponer esa primacía como hipótesis metodológica, informadora, junto a otros principios a los que se vincule —por ejemplo, el papel fundamental del modo de producción dominante en la estructuración compleja de la formación social—, de un programa de investigación social, cuya plausibilidad —y, por tanto, la de aquella hipótesis— dependerá de su productividad teórica a largo plazo<sup>16</sup>. La adopción de este supuesto será, en gran medida (aunque no necesariamente), fruto de la opción por una determinada filosofía de la historia, de carácter metateórico, que desempeñará una función heurística y, en última instancia, por un proyecto político de organización y movilización de una clase<sup>17</sup>. Estas opciones pueden ser cuestionables y habrán de someterse a la prueba de la empiria, pero no se las puede descalificar como lógicamente insostenibles.

De muy otra naturaleza son las cuestiones planteadas por la problematización de la propia posibilidad de que la ecuación «clases-sujetos» sea conceptualmente aceptable. En efecto, en este caso, lo que se necesita no es tanto una investigación empírica sobre la importancia de la estructura de clase en la configuración de la identidad y decisiones de los actores o en la probabilidad de que las clases devengan sujetos (aunque este tipo de indagaciones no sean en absoluto prescindibles), cuanto una dilucidación teórica de las formas posibles de conceptualización de una hipotética acción de clase y de las formas de relación entre clases (posiciones estructurales) y sujetos (agentes) que salven las objeciones de principio presentadas por autores como Hirst/Hindess y Laclau/Mouffe.

Es necesario, como punto de partida, subrayar que las clases *no son* en ningún caso sujetos en el sentido más fuerte del término, es decir, actores unificados dotados de mecanismos de deliberación, toma de decisiones y elección de cursos de acción. En este sentido, la refutación por Hirst/Hindess de la acrítica igualación entre clases y sujetos es impecable. Igualmente válida es la descalificación que Laclau/Mouffe han hecho de la identificación automática entre una de las posiciones de sujeto que ocupa un individuo —la de clase— y la identidad del mismo. Sin embargo, a mi jui-

<sup>16</sup> Por supuesto, esta productividad teórica habrá de ser juzgada en función de la capacidad de este programa para dar cuenta de la realidad empírico-social que constituye como su universo de conocimiento. A este respecto (tal como ha sugerido L. PARAMIO, «Defensa e ilustración de la sociología histórica», *Zona Abierta*, 38, 1986, p. 7) es clave el papel de la sociología histórica como medio de evaluación de las diversas hipótesis teóricas y del carácter progresivo o estancado del programa de investigación en cuestión.

<sup>17</sup> En un contexto diferente, pero en un sentido semejante, véanse las observaciones de J. ROEMER en «New directions in the Marxian theory of exploitation and class», en J. ROEMER, *Analytical Marxism*, op. cit., p. 101.

cio, no cabe deducir de ello la exterioridad plena entre clases, acciones y actores, sino que se puede afirmar la existencia de: I) una cierta eficacia estructuradora de la acción de los individuos por la estructura de clase, II) sujetos de clase, y III) procesos históricos de formación de las clases como sujetos.

I) El sistema estructural de las relaciones de clase en el cual los individuos ocupan ciertas posiciones (sistema que, siguiendo a Roemer y Wright, podemos entender como articulado según el eje de las relaciones de propiedad que los individuos mantienen con una serie de bienes de diverso tipo —medios de producción físicos, cualificaciones, recursos organizacionales— que son prerequisites para la producción de ciertos valores sociales comunes, y según los mecanismos de explotación que operan en una economía que involucra desigualdades iniciales en la propiedad de tales bienes)<sup>18</sup> contribuye a estructurar la acción de estos individuos, constituyéndose así en una *matriz de acción*. Esa eficacia estructuradora se ejerce a través de varios mecanismos. En primer lugar, la estructura de clase delimita un campo de posibilidades dentro del cual pueden actuar los individuos y que excluye ciertas alternativas de su horizonte de acción. En segundo lugar, la posición de clase involucra la fijación de unos determinados intereses racionales y, por consiguiente, proporciona al actor ciertos criterios para evaluar la plausibilidad de las diversas decisiones o elecciones posibles. En tercer lugar, la posición de clase determina en gran medida el acceso de los actores a la información y sus recursos culturales y organizacionales. En cuarto lugar, condiciona las probabilidades de éxito que tienen las diferentes acciones posibles, así como su grado de repercusión espacial y temporal en la formación social en que se hallan insertos los actores. Todo ello confluye en una *estructuración probabilística* de la acción<sup>19</sup>, es decir, una limitación del campo de lo posible que excluye ciertas vías de acción y, al mismo tiempo, permite considerar más probables algunas elecciones, esto es, determina grandes orientaciones de acción probable, pero no permite hacer predicciones concretas sobre las decisiones singulares de los sujetos. Dicho de otro modo: la estructura de clase es una matriz de acción con una eficacia específica y, por tanto, operante pero limitada.

II) Aunque, como ya hemos señalado, las clases no aparecen como sujetos en el espacio social, sí es posible constatar la existencia de ciertos

<sup>18</sup> Los presupuestos de esta concepción de las clases sociales se hallan expuestos en J. ROEMER, «New directions in the Marxian theory of exploitation and class», y E. O. WRIGHT, *Classes*, Verso, Londres, 1985, pp. 64 y ss. Cfr. J. ELSTER, *Making Sense of Marx*, op. cit., pp. 319-331.

<sup>19</sup> G. THERBORN, «Class analysis: history and defence», en U. HIMMELSTRAND (ed.), *Sociology: From Crisis to Science?*, vol. 1: «The Sociology of Structure and Action», Sage, Londres, 1986, pp. 113 y ss.

sujetos o actores de clase. Se trata de agregados que reúnen dos condiciones: por una parte, cumplen los requisitos exigibles para que los consideremos sujetos y, por otra parte, poseen un rasgo que permite establecer una conexión directa entre ellos y las clases sociales. *Son sujetos* o actores en la medida en que poseen una organización estable, un centro o mecanismo deliberativo y decisorio y mecanismos estipulables de acción, es decir, todos los atributos que Hirst/Hindess atribuyen a un actor; siguiendo a Elster<sup>20</sup> denominaremos a estos actores *órganos corporativos*. *Son sujetos de clase* en la medida en que su función específica —o, al menos, su función central— es explícitamente la defensa de los intereses definidos por ciertas posiciones de clase (intereses que, eventualmente, pueden consistir en la destrucción de la propia estructura de clase o en una rearticulación de la misma que elimine ciertas posiciones o transforme la relación entre ellas). Entre estos órganos corporativos de clase se hallan, obviamente, los sindicatos o las organizaciones patronales, pero también partidos políticos (lo cual, por supuesto, no significa que todos los partidos sean de clase, sino que es lógica e históricamente posible la existencia de partidos que sí lo sean) y entidades de otro tipo (educativas, culturales, etc.).

III) Finalmente, es necesario tener en cuenta la existencia de un tipo peculiar de agregados de individuos, que no poseen cohesión, homogeneidad y unidad internas ni disponen de los atributos propios de un órgano corporativo (es decir, de lo que Hirst/Hindess llaman un actor), pero son capaces de constituirse en un foco de acción común en defensa de los intereses compartidos por todos los individuos componentes. Se trata de los *actores colectivos* en el sentido fijado por Elster, esto es, «cualquier grupo de individuos que, por solidaridad o interés bien entendido, son capaces de superar el problema del francotirador»<sup>21</sup> y, por tanto, empeñarse en una estrategia de acción cooperativa. En este peculiar sentido —ni figurado ni confuso, sino susceptible de una rigurosa especificación analítica— es lógicamente posible e históricamente probable que un grupo de individuos que ocupan una misma posición de clase se constituyan como actor colectivo y emprendan una acción —del género que sea— orientada a la defensa de aquellos intereses que todos ellos comparten en la medida en que se trata de intereses definidos por su posición de clase, es decir, por su pertenencia a una misma clase. Los agregados de este tipo son, por tanto, *actores colectivos de clase* y el tipo de acción que emprenden es conceptuable como acción de clase. Hasta aquí la situación es semejante a la de los órganos corporativos de clase, con la salvedad de que en el caso presente se trata de sujetos dotados de menor unidad y centralidad organizativa. Sin embargo, el reco-

<sup>20</sup> J. ELSTER, «Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos. Alegato en favor del individualismo metodológico», *Zona Abierta*, 33, 1984, p. 30.

<sup>21</sup> *Ibidem*.

nocimiento de la existencia de actores colectivos en el sentido aquí definido abre la posibilidad lógica de introducir la idea de la *formación de una clase como sujeto colectivo*. En efecto, no hay razón alguna para sostener *a priori* que es imposible que el conjunto de los componentes de una clase social (o, más precisamente, los ocupantes de una misma posición de clase) se involucren en una acción colectiva en defensa de sus intereses. Evidentemente, es dudoso que se dé empíricamente una convergencia en la acción de *todos* los individuos que forman parte de la misma clase, pero este problema es de escasa significación teórica y, en cualquier caso, lo que aquí quiero sugerir no es que las clases *sean* sujetos, sino que existen procesos históricos que tienen como horizonte último la formación de las clases (de algunas, puesto que no se trata de procesos necesarios) como sujetos; que en el curso de estos procesos se constituyen, como cristalizaciones suyas, sujetos de clase (tanto actores colectivos como órganos corporativos) y formas de identidad simbólica colectiva; y que aquel horizonte de la formación de la clase-sujeto puede funcionar como una suerte de «ideal regulativo» de la acción de clase y ser, por tanto, un referente de todo el proceso de constitución de actores y del paso de las formas elementales de acción de clase a las formas generalizadas (tanto en el espacio como en el ámbito de los problemas involucrados) y, en último término, en el caso de las clases dominadas, a la acción «trascendente» de clase<sup>22</sup>. Entiendo que la consideración de esta dimensión totalizadora de la acción de clase y la formación de actores podría permitir pensar la problemática relación entre sujetos y clases eludiendo tanto la identificación de unos y otros en la tradicional ecuación del análisis de clase marxista como la tentación liquidacionista en que caen algunos de los análisis posmarxistas. Se trata, pues, de romper con la ilusión de la presencia inmediata de las clases económicas en la escena política, pero también de mantener abierta la posibilidad de la emergencia de actores de clase, entendiendo que la clase-sujeto no es una realidad actual, sino un horizonte potencial que sólo tiene eficacia presente en cuanto elemento simbólico ideal constitutivo de un proyecto político-ideológico de construcción de una identidad colectiva de clase que tiene su base objetiva —que es garante de su posibilidad— en la estructura de las relaciones sociales y los intereses y experiencias que de ella se siguen para los actores.

Situándose en esta óptica es posible asumir buena parte de las indicaciones de autores como Hirst/Hindess o Laclau/Mouffe acerca de la importancia de los procesos de construcción discursiva de los sujetos sin necesidad de llegar a algunas de sus extremas conclusiones. En efecto, la problemática de la formación de clase (entendiendo por tal, para abreviar, la formación de actores colectivos y órganos corporativos que tienen su eje articulador en la defensa de los intereses de clase y su horizonte ideal —o, si

<sup>22</sup> G. THERBORN, «Class Analysis: History and Defence», pp. 118-122.



se prefiere, mítico— en la constitución de la clase como sujeto) no es otra cosa que la problemática de la articulación de intereses y demandas de una pluralidad de individuos, lo cual, a menudo, implica no sólo la formación de un actor colectivo, sino también la reconstrucción de aquellos intereses y demandas individuales y, con ella, la reconstitución de la identidad de los sujetos en cuestión.

No es posible en este texto abordar de manera sistemática la compleja problemática referente a los determinantes, mecanismos operativos y límites de este proceso de formación/articulación de actores e intereses de clase. Me limitaré a hacer algunas observaciones puntuales que pretenden tan sólo ser indicios de algunas de las vías posibles de tematización de aquellos problemas.

La práctica de articulación/transformación de intereses es posible en la medida en que se cumplen dos condiciones: que existen intereses *dados* y que esos intereses son *susceptibles de articulación*. Esto puede parecer —y de hecho es— una obviedad, pero es importante enfatizarlo, porque estas dos condiciones han sido negadas frecuentemente. Por una parte, son numerosos los autores marxistas que han considerado que los intereses de clase son unívocos, homogéneos e inmutables y, por tanto, no susceptibles de reconstrucción. Por otro lado, ha existido una reacción extrema en sentido contrario, negadora de toda asignación objetiva de intereses a partir de la posición de los actores en una red de relaciones sociales y defensora del postulado de la construcción puramente ideológico-discursiva de los intereses y demandas de los agentes y, paralelamente, del supuesto de que éstos no tienen otros intereses que aquellos que reconocen como tales (postura, como hemos visto, adoptada por Hirst/Hindess y Laclau/Mouffe). A mi juicio, ambas tesis son erróneas. Entiendo que la «petrificación» de los intereses que implica la primera reposa en la ignorancia de la equívocidad y diversidad de intereses definibles a partir de la posición estructural de los individuos, así como de la existencia de una multiplicidad de relaciones sociales que se sobredeterminan continuamente. Sin embargo, la segunda tesis, que implica la sublimación de los intereses (en sentido estricto: su paso del estado sólido al estado gaseoso), conduce a una ilegítima igualación de la posición de todos los individuos (tratados como *tabulae rasae* sobre las cuales diferentes prácticas discursivas escriben libremente, sin más limitación que la que supone su propia pluralidad, o, si se prefiere, como espacios lisos por los cuales fluyen, entregados al libre juego de su enfrentamiento, los discursos, exentos de todo estriamiento del espacio por determinaciones pre-discursivas) y a lo que Offe ha llamado «positivismo práctico», es decir, el dogma de que «el interés de un individuo es simplemente lo que él dice que es»<sup>23</sup>. Frente a estas dos posiciones extremas, creo que lo más fecundo

---

<sup>23</sup> C. OFFE y H. WISENTHAL, «Two logics of collective action», en C. OFFE, *Disorganized Capitalism*, op. cit., p. 194.

---

es reconocer que los individuos tienen un conjunto de intereses racionales derivados de su posición en la estructura de clase, pero que tales intereses no son en absoluto homogéneos y unívocos. La asignación de intereses es posible partiendo del razonable supuesto de que todo individuo tenderá a minimizar los trabajos o sacrificios necesarios para la satisfacción de sus necesidades (y, particularmente, que intentará eludir los esfuerzos que no impliquen una recompensa, ya material, ya moral); de este supuesto (que, nótese bien, no presupone en absoluto tratar a los sujetos como agentes maximizadores o aceptar que las necesidades de los individuos sean inmutables, sino que se referirá en cada momento a las necesidades históricamente dadas)<sup>24</sup> se siguen importantes, pero ambivalentes, consecuencias. En efecto, si bien permite la atribución de intereses, hace también que esos intereses sean relativos al contexto situacional y a la perspectiva temporal en que se consideren; por ejemplo, de él se sigue que los individuos que ocupan posiciones de clase explotadas tienen un interés racional en abandonar tal posición y dejar de ser explotados, pero sólo tendrán ese interés en un contexto y en una perspectiva temporal determinados, puesto que la consecución de aquel objetivo podría implicar una serie de sacrificios, riesgos o, en general, costos de todo tipo, que no lo hiciesen deseable; además, su consecución podría estar en contradicción con la de otros objetivos situados en perspectivas temporales diferentes, lo cual haría más problemático el cálculo de su deseabilidad relativa. Por otra parte, es necesario recordar que, aun dentro de la unidad posicional de una clase, se ha de reconocer la presencia —crecientemente importante— de factores de fragmentación interna<sup>25</sup>, que darán lugar a la existencia de intereses diferenciados que, en determinadas condiciones y plazos temporales, pueden entrar en conflicto con los intereses comunes. Además, en la medida en que los individuos que ocupan posiciones de clase se hallan al mismo tiempo insertos en una multiplicidad de relaciones sociales, entran en juego los intereses que se pueden seguir de las posiciones que ocupan en éstas, lo cual complejifica el problema y aumenta la probabilidad de divergencias y, por tanto, la necesidad de optar por unos u otros intereses o de intentar una articulación de los mismos. Finalmente, hay que tener en cuenta la existencia de mecanismos de distorsión del acceso de los individuos al conocimiento de sus propios intereses racionales<sup>26</sup>. Todos estos elementos contribuyen a reforzar la equívocidad de los intereses racionales, hacen necesaria la elección entre ellos y, consiguiente-

<sup>24</sup> Véase, en este sentido, E. O. WRIGHT, *Classes*, ed. cit., pp. 36 y 60 (nota 23).

<sup>25</sup> Véase, por ejemplo, el ya clásico estudio de D. M. GORDON, R. EDWARDS y M. REICH, *Trabajo segmentado, trabajadores divididos*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1986.

<sup>26</sup> C. OFFE y H. WIESENTHAL, «Two logics of collective action», pp. 197 y ss. La existencia de estas distorsiones es el supuesto implícito y no reconocido —más aún: reprimido— que está en el fondo de la referencia (en otro caso ininteligible) de LACLAU a la categoría de «reconocimiento erróneo» de sujeto, en «Hegemonía y nuevos movimientos políticos», *Zona Abierta*, 30, 1984, p. 147.

mente, abren el espacio en el cual ha de tener lugar una práctica articuladora que seleccione, fusione y, acaso, transforme aquéllos, produciendo sujetos agregados. Esta práctica articuladora —y en este punto es asumible la postura de Laclau/Mouffe— no tiene una forma necesaria apriorísticamente: tanto puede tomar la forma de interpelación constitutiva de un sujeto de clase como de cualquier otro tipo; de hecho, como ha señalado agudamente Przeworski<sup>27</sup>, la lucha de clases no es sólo —ni principalmente— una lucha *entre* las clases, sino también una lucha *acerca* de las clases, es decir, acerca de si éstas se constituyen como sujetos o no. No es posible, por tanto, predecir qué sujetos y qué complejos de intereses se configurarán en cada formación social y cada momento precisos; el análisis de clase, en este punto, tan sólo permite —y no es poco— analizar formaciones concretas, construir topologías sociales que sirvan de base al cálculo estratégico y fundar un programa de investigación que indague la existencia de regularidades históricas en la formación de sujetos a partir de la estructura de las relaciones sociales. En cualquier caso, el campo de la formación de actores a través de la articulación de intereses y demandas, y del enfrentamiento de los actores así formados, es decir, el campo de lo político, es un espacio de contingencia e impredecibilidad.

---

<sup>27</sup> A. PRZEWSKI, *Capitalism and Social Democracy*, op. cit., pp. 78-80.